

La víscera arquitectónica. La edificación de las entrañas, de Emilio López-Galiacho

César Martínez Silva
Departamento de Evaluación del Diseño / CyAD
Universidad Autónoma Metropolitana / Azcapotzalco



La noción de ecología aparece con Haeckel¹ cuando éste instituye un nuevo campo en las ciencias biológicas: el de las relaciones entre los seres vivos y los medios en los que viven.

El propósito de generar alternativas funcionales a la urbe moderna no sólo arranca desde comienzos del siglo xx, momento en el que se produjo una serie de movimientos de vanguardia en el campo de la arquitectura. Anteriormente muchas culturas en la Antigüedad ya solucionaron la distribución y funcionalidad social de los espacios públicos. No obstante, el crecimiento irracional de la ciudad por la concentración desmesurada de edificios en espacios muy reducidos, es un fenómeno que actualmente se ha desbordado, grave contradicción pese a las buenas expectativas y propósitos urbanísticos. Cada vez estamos más cerca, unos sobre otros, arriba y abajo; los espacios vitales son cada día en la escala humana un monstruoso sentimiento: nos vemos reducidos a bacterias por decisiones políticas y económicas, nos voltean las tripas hacia fuera en nuestros propios hábitats. Vivimos en algo a lo que podríamos llamar ansiedades.

La organización del espacio o la «arquitectura orgánica» de Emilio López-Galiacho

El filósofo, psicólogo e informático francés Abraham Moles (1920-1992) consideraba que los arquitectos son programadores del comportamiento: éstos diseñan agujeros para vivir dentro de ellos. Crean cuevas con un orden distinto

1. Haeckel, Ernst, *Morfología general de los organismos*, 1866.

que implica otros comportamientos humanos, donde se involucran aspectos temporales, energéticos, estéticos, prácticos, psicológicos y comunicacionales. El mensaje arquitectónico no es sólo la fachada de un edificio sino su funcionalidad interna que permite y/o facilita o reniega de ciertos comportamientos humanos. A partir de la apreciación de este estudio –so de la ingeniería sistémica de las emociones, podemos deducir que además de construirse hábitats, edificios o casas, se diseñan sensibilidades, conductas y nuevas relaciones sociales.

Pero en este caso al que voy a referirme, el del arquitecto, músico y artista español multidisciplinario Emilio López-Galiacho, cofundador de la publicación *fronterad.com* y profesor de la Universidad Antonio de Nebrija de Madrid; el término de arquitectura orgánica no obedece a lo que se conoce como filosofía de la arquitectura, aquélla que promueve la armonía del hábitat humano con el mundo natural y entre cuyos exponentes podemos encontrar a arquitectos como Antoni Gaudí, Frank Lloyd Wright, Louis Sullivan o Rudolf Steiner, por mencionar a algunos pocos.

Emilio, en sus creaciones, pone en evidencia las contradicciones de un espacio diseñado para «vivir». Nos demuestra en estas imágenes, que engloba bajo títulos como «Disfuncional Landmarks» o «Real (E)State», un sentido irónico que pone en evidencia cómo la arquitectura afecta a nuestras tripas; por ejemplo, un pasillo aburrido a oscuras puede ser un intestino lleno de angustias y retortijones. Su obra nos muestra de manera atractiva y «conmovedora» una especie de diabetes suburbana que da a los espacios públicos una convivencialidad paradójica. Al mismo tiempo, nos permite ver en estas imágenes el retortijón de un enredo de plantas arquitectónicas y vísceras hechas de ladrillo, de

pisos llenos de desmembrados cuerpos arquitectónicos, de plantas biológicas y plantas arquitectónicas que se contradicen en una jungla de asfalto desarrollada a consecuencia de los parásitos financieros, y que muy directamente tiene que ver con lo que se conoce como burbuja inmobiliaria: la de construir por construir y así poder especular. Que la política inmobiliaria ha sido una arquitectura diseñada por arquitectos con un único objetivo –construir edificios monstruosos– corrobora nuestra tesis.

Y sin embargo su resultado, el de Galiacho, nos fascina por una composición generada con gran maestría; la suya es una estética del horror, una estrética. Las nuevas tecnologías digitales le permiten poner en claro y en alta resolución las contradicciones que ha mostrado la arquitectura en su práctica mal llevada: una estruendosa pesadilla que voltea a las entrañas de nuestras emociones hacia fuera, un paso de la biopolítica a lo biofinanciero como un control negativo e impositivo del comportamiento humano.

Su trabajo pone de relieve que el orden de ficción planteado por ciertos edificios, que promueven la aglomeración en algunas construcciones dadas en un solo espacio hacia arriba, es ya un desorden tal cual; se trata de «The Right Place». Los rascacielos son la materialización de un régimen que determina el punto de vista negativo financiero y especulativo de la construcción de espacios minimizados y determinados como mínimos habitables en donde «viven» y trabajan miles de personas. López-Galiacho visualiza el desgarramiento que la economía produce en nuestras emociones al colocar órganos humanos –como ese voltear las tripas hacia fuera– sobre los edificios que él diseña como imaginarios reales de algunos hábitats. Éstos son los retortijones que ocasiona pagar una cuota inalcanzable con el fin de poder

comprar un departamento, misma que ahora, dada la situación de crisis global financiera, se vuelve una deuda de por vida que ha transformado a la vivienda en un parásito al que alimentar en lugar de ser un aliado para lograr la tranquilidad de vivir.

En su propuesta –al igual que en muchas películas de David Cronenberg– explora el impacto de la biología como un cuerpo que se subordina y que a su vez se repugna: somos una especie de organismos-huéspedes del espacio arquitectónico, parasitados en la durabilidad y conservación del mismo. Nos demuestra cómo la tecnología posthumana opera sobre nuestra psique y transforma nuestros sentidos por medio de la exposición de vísceras del tamaño y escala de un edificio. Su trabajo me remite a películas fundamentales como *Dead Zone* y *The fly*, en las que lo fantástico es un prodigioso fantasma posthumano. Allí está el espíritu de Gregorio Samsa; Kafka parece tener un guión que López-Galiacho subvierte.

La antropomorfosis² que plantea su arquitectura es el caparazón inacabado de un crustáceo politizado: avanza hacia atrás, se suspende en un vacío oscuro que permite cierto reflejo de antropomorfosis³ y de aniquilamiento: una postmodernidad inversa.

La corrupción urbanística es un fenómeno mundial, un parásito global que se autoparasita a sí mismo con la creación y especulación de algunos espacios destinados para vivir; se trata de un intestino financiero de enredos interminables,

de letras pequeñas y cacas grandes. Y la mierda ya no sólo se respira en la atmósfera, se vive tal cual, es el hábitat de los residuos de unos políticos que han hecho de la escatología un principio de vida de chorrillo-fundamentalista⁴ –pero la diarrea es mental–. Las ideas de los políticos están llenas de descomposición intestinal excrementosa que aplastan el diseño de hábitats: la remuneración de la injusticia especulativa.

López-Galiacho nos muestra una mirada a través del ojo del monstruo para entender las interacciones y las contingencias de la negligencia con el aburrimiento del paisaje urbano. Un paisaje diseñado bajo la miopía de muchos políticos, cuyas especulaciones financieras no sólo determinan el valor económico de una vivienda sino el de las relaciones que el capitalismo funeral⁵ dispone en el hábitat para vivir.

La entraña desdeñada en el trabajo aquí expuesto codifica las emociones y determina nuestro sentido de los lugares dilatados, a la vez que demuestra un «destinado» espacio que nos comprimirá el hacer y el vivir. Y a pesar de ello, los costos no son sólo económicamente absurdos, además suponen un costo social vivencial, visual y declinante de nuestro *modus vivendi*.

En esta serie de imágenes podemos percibir cierta simbiosis situacional⁶ en la voracidad del tentáculo especulativo: miramos el aprisio-

4. «Chorrillo» es un vocablo o término popular utilizado en México para denominar a una diarrea imparable.

5. Verdú, Vicente, *El capitalismo funeral. La crisis o la Tercera Guerra Mundial*. Anagrama, Madrid, 2009. En este brillante libro se expone, a grandes rasgos, que el cataclismo es de tal naturaleza que anuncia un cambio en la condición humana: «La época se sostiene en pilares que se están quebrando».

6. Asociaciones a la vez duraderas y recíprocamente provechosas entre seres de especies diferentes.

2. Antropomorfosis es la combinación de dos vocablos: *anthropos*, que significa hombre, y *morphosis*, crecimiento en algunos animales como los artrópodos, que da por resultado la muda del tegumento. El tegumento es el órgano que sirve de protección externa al cuerpo del hombre y de los animales, con varias capas y anejos, como glándulas, escamas, pelo y plumas.

3. Sobredosis de antropomorfosis.

namiento de las rentas impagables, el espacio inhabitado, inhabitable, incompleto y lleno de prótesis orgánicas mal organizadas, que generan un hábitat incompleto y disfuncional que denigra nuestro estatus emocional en lo cotidiano. Emilio señala con estas ingeniosas representaciones el desperdicio humano del espacio, el desaprovechamiento de una acción que se confunde por un orden económico y que es generado, a su vez, por el aburrimiento de ahorrar más y más tiempo y generar más y más beneficios. Contra-adicción de horror macabro.

Walter Gropius consideraba que construir es crear acontecimientos: «La arquitectura trata sobre el ser, el estar para poder ser, el ser para estar». Sin embargo, detectamos intercomunicaciones de ruidos y horrores, epidemias de ruido interminable, pestes de grúas, paisajes ensordecidos por el estómago de un burócrata fugitivo, y una vil cucaracha de la nobleza que goza de un desequilibrio espiritual destructivo, cada vez más visible en la mayoría de ansiedades del mundo. A veces «lo que se ha construido» es un desecho biológico; la inestable economía bacteriana es cada vez más cotidiana. En esta serie se muestra un drenaje profundo visible a primera vista, una escatología urbana que se convierte en un irreverente monumento a la verdad: ¡Corrupción de tripas! ¡Tripas corruptas! La especulación arquitectónica es una bacteria que ha generado una epidemia, una pandemia incontrolable, un desfreno político que condiciona nuestro compartimiento humano de muchas maneras.

Emilio nos incita a reflexionar sobre los predadores hipotecarios, a quienes concibe como bacterias de nuestro ánimo con la fuerza de un intestino grueso que nos muestra vivamente los procesos escatológicos de un «nuevo inmobilia-

rio mal logrado.» Podemos decir que el funcionario político es un parásito arquitectónico.

Anatomía del desastre o los sueños del arquitecto generan monstruos: la orgánicidad

Emilio refleja en su obra el constreñimiento del espacio como una arquitectura del desastre. Su trabajo plagado de vísceras arquitectónicas permite ver una estructura de lo incómodo, de la fealdad urbana propia de los esqueletos inhabitables. Estas construcciones monstruosas, engendradas por organismos financieros confundidas en órganos arquitectónicos, tratan de digerir una manzana podrida; el resultado es una serie de incómodas matemáticas: una mala digestión, una mala programación para vivir.

El negro de fondo, el vacío utilizado en su trabajo, es un oscuro espacio que abre una dimensión insospechada. A pesar de todo, la belleza de su trabajo es insólita, sus obras son admirables y conmovedoras.

Las bacterias arquitectónicas que nos presenta son un microscópico amplificado del monstruo urbano, creado y alimentado por una especulación salvaje. Lo abominable de este microscópico monstruoso y engrandecido es que es del tamaño real del miedo que genera una especulación económica mal construida. No se trata de los ecos del eco-sistema, sino los ecos de una eco-neumonía. El eco del eco, en esta serie, es el eco de una víscera con doble naturaleza: la vida sin vida, máquinas vivientes llenas de la descomposición anticipada que nos obliga a vivir con las vísceras expuestas. Es un deshumano e hipotecario –un hipotético– sistema de vida, cuyos jugos gástricos están contruidos concontruidos de ladrillos.

El metabolismo celular funciona como base de las actividades humanas y caracteriza a los sistemas vivientes, donde energía y materia logran la convivencia de los seres vivos. En esta serie de imágenes lo mental se transforma en físico y se verifica en metáforas de nutrientes mal absorbidos, generados por metástasis financieras que producen una mala digestión intracelular entre habitantes e inquilinos.

Los flagelos de la modernidad o los tentáculos de la especulación urbanística son el desastre de la economía. Esta imagen nos remite a un gusano intestinal del tamaño de una Boa constrictor; o mejor dicho, una boa de concreto que contiene un asfixiante castigo: el sacrilegio de una creatividad mal enfocada y sin oferta de soluciones sostenibles de vivienda digna.

Los parásitos de cemento, las amebas de ladrillo aburrido, las bacterias de varios pisos de altura más los crustáceos insertados y visibles en sus edificios, son todos ellos revelaciones metafóricas de agruras interminables producidas por secreciones bancarias. Lo suyo son oráculos edificadas sobre equilibrios irregulares en fondos ilusorios plagados de tubos digestivos análogos a los tubos de drenaje profundo en una ansiedad, ahora vistos desde afuera.

Entre el primer y segundo piso de cada uno de sus edificios se encuentra el yeyuno ileón de concreto, un apéndice de ladrillos y un tubo de acero interconectado a modo de intestino grueso. Las vísceras parenquimatosas, el armazón intersticial y la enzima creativa forman parte de un drenaje de jugos gástricos. La acidez de las paredes supone una especie de tecnología posthumana que impacta en nuestra psique y comportamiento humanos.

Los tubos digestivos que emergen de sus estructuras son síntoma de cómo la mala ar-

quitectura abrumba nuestro estado de ánimo. Los tubos de drenaje visibles en sus edificios imaginables son el intestino delgado de un retortijón financiero, están plagados de vías urinarias visibles y exoesqueletos que funcionan como metaformas estructurales de espectros visibles que van de lo interno a lo externo. Mucosas y drenajes capilares como circuitos eléctricos, circuitos anatómicos que hacen cortocircuito en nuestras sales biliares. Lo suyo es una arquitectura orgánica que falla, es la orgánica de los escandalazos financieros, son los monstruos edificados como síndromes de una deformidad llena de pusmodernidad; es el eco-loco-sistema de las finanzas apocalípticas, la vulgar bioarquitectura malentendida. A partir de la situación actual de España, país donde Emilio reside, Emilio pone en evidencia que los contratos para vivir tranquilo a largo plazo son virulentos en lo que se refiere a las hipotecas y la vivienda. Nos deja ver el monstruo, es bello, pero horriblemente cierto; nos cautiva por su estrética porque permite ver las vísceras de fuera como patología de un supuesto progreso bien ilustrado.

Los nutrientes arquitectónicos

Desde mi punto de vista, dos de las influencias palpables en la obra de Emilio López-Galiacho son Renzo Piano y Richard Rogers, quienes diseñaron el Centro Nacional de Arte y Cultura George Pompidou en París, Francia. Allí se hacen visibles y se muestran hacia el exterior del edificio los elementos funcionales: conductos y escaleras de colores llamativos. Tales estructuras permiten comprender de otra manera la funcionalidad desde fuera de un edificio, y el modo en el que éste puede estar organizado

con «las tripas hacia fuera», unas tripas que a su vez funcionan operativamente con una estética atrevida.

Según el propio Emilio López-Galiacho, en su obra se encuentran otras referencias; uno de los arquitectos que de alguna manera influye en la construcción de sus obras es el inglés Cedric Price: caducidad, reciclaje, tecnología, enseñanza, temporalidad e incertidumbre calculada. También está el americano Lebbeus Woods cuyas edificaciones parecen máquinas que intentan trasladar a los habitantes a los límites de la existencia. Otros de sus referentes son Hans Poelzig, pintor y escenógrafo adscrito al expresionismo alemán, o el visionario francés neoclásico Étienne-Louis Boullée, cuyas formas geométricas a gran escala generan grandes impactos en el espectador-usuario.

Pero Giovanni Battista Piranesi es, y parece ser, el gran arquitecto que determina un orden universal en muchos arquitectos, tanto clásicos como contemporáneos, una referencia obligada, una cita incalculable y desmesurada. Su entusiasmo es no sólo la demarcación de una ruina existente, sino una contribución a la arquitectura contemporánea que permite desde el pasado dar un orden visual a los yacimientos y ruinas como inspiración del presente actual: la ruina contemporánea. Y estas ruinas que ves son el hábitat de nuestras entrañas, logradas con una singular maestría de apabullante resolución inteligente.

César Martínez Silva
México, D.F., julio de 2014